

Pablo Rocca

Historia de una pasión uruguaya

"Andan por nuestra historia muchos misterios, sobre los cuales la muerte ha echado siete llaves", escribía Carlos Quijano en 1941 intrigado por el silencio que, durante casi veinte años, cercó la vida de Eduardo Acevedo Díaz.

"Y no puede dejarse de evocar otros silencios y otras expatriaciones, que cerraron en este país muy varias carreras políticas" (Quijano, 1992: 187).

Treinta y dos años después, el aserto se cumplirá con el ejemplo del propio Quijano, cuando por obra de la dictadura también se verá obligado a vivir y morir muy lejos del país.

Si acaso por ajena o propia voluntad, Acevedo Díaz y Quijano no agotan una lista de uruguayos extrañados. Esos azares o secretos determinismos son los que, en 1917, llevaron a morir en la áspera Sicilia a José Enrique Rodó en medio de una guerra que apenas lo implicaba como corresponsal de una revista porteña; otras causalidades recluyeron para siempre a Horacio Quiroga en Buenos Aires y luego en la selva misionera, donde en 1935 no vaciló en proclamar "mi argentinidad"; otras impenetrables razones, más allá de la enfermedad, decidieron a que Juan Carlos Onetti le negara el mítico retorno a su castigado cuerpo pero también a sus restos, que ofreció a la hospitalaria tierra española.

Auto recluido en Buenos Aires, sabiéndose cerca de la muerte, Acevedo Díaz redactó el 23 de julio de 1919 un breve testamento. En su primera cláusula ordena: "Si el gobierno uruguayo, o cualquiera corporación civil, me hiciera el honor de solicitar el repatrió de mis despojos, mis deudos, espero, lo agradezcan profundamente; pero, les ruego se dignen declinarlo y manifestar que, por razones que deseo llevar a la tumba, es una de mis últimas voluntades que dichos restos descansen en la tierra argentina, que tanto he amado, patria de mi esposa y de todos mis hijos, y que de ella no sean removidos jamás" (Acevedo Díaz (h), 1941: 261).

Sería una candidez ver esta resolución postrera como producto de la modestia personal, cuando se trata de quien había nacido para estar en los primeros planos de notoriedad y había hecho lo posible por mantenerse en ellos. Sería una irreverencia leer sus palabras como un acto de rencor o desafecto por el país que, sin pizca de exageración, este hombre expuso su vida en decenas de ocasiones.

La enigmática resolución puede cobrar un sentido si se la piensa a partir de la reflexión que sirve de epígrafe a este ensayo biográfico. Como observa

Walter Benjamín, tal perspectiva nietzscheana implica la coincidencia entre destino y carácter, o sea que "si uno tiene carácter, su destino es esencialmente constante. Lo cual a su vez significa [...] que uno no tiene destino" (Benjamín, 1967: 132). Esta relación de discordia puede llevar al fracaso a quien desee transformar lo colectivo a imagen y semejanza de su voluntad de dominio. En eso se cifra la pasión uruguaya de Eduardo Acevedo Díaz, su grandeza y su ruina.

Hijo de Norberto Acevedo y de Fátima Díaz, nacido en la villa de la Unión el 20 de abril de 1851, Acevedo Díaz es el resultado de una larga combinatoria de matrimonios trenzados en cuatro generaciones patricias. Entre esos apellidos de la "constelación de individuos que estuvo presente cuando [...] la nación advino" (Real de Azúa, 1981: 15), hay varios miembros conspicuos de su amplio círculo familiar por cualquiera de las dos líneas. El padre de Acevedo Díaz descendía de un conquistador compañero de Pizarro; de otro alto funcionario indiano y de un fundador de Montevideo. La madre había sido engendrada por Antonio F. Díaz, a quien por su especial relevancia se examinará con cierto cuidado. Por el lado que fuere y en el bando político que sea, estos lazos de sangre siempre lo vinculan a la clase dirigente en las dos márgenes del Plata: el general César Díaz (ejecutado en el Paso de Quinteros), la multifacética y poderosa familia Rodríguez Larreta, el codificador Eduardo Acevedo, el prohombre universitario Alfredo Vásquez Acevedo, etc. Entre 1851 y 1868, mientras Acevedo Díaz crecía, como era corriente su familia había dividido las preferencias por el bando colorado o el blanco. No se trata de opciones asumidas en la convivencia pacífica sino en incesantes y enconadas disputas que merman a todos los grupos sociales, a todos los clanes. Apenas una sinopsis de los hechos militares oferta una medida de las graves vicisitudes por las que entonces atravesó el país y la comarca. De hecho, la historia colectiva tiñe la vida particular de Acevedo Díaz desde que llega al mundo, cuando la internacional "Guerra Grande" languidece, ya próxima a su término ocurrido el 12 de octubre de 1851. Con todo, sus padres se encontraban a buen recaudo porque vivían en zona de dominio oribista, la de sus adhesiones. En los años sucesivos el país frágil probará suerte, sin éxitos, con la "política de fusión"; verá morir casi al unísono a los principales dirigentes de los dos bandos (Lavalleja, Rivera y Oribe); asistirá a la "Hecatombe de Quinteros" (1858); atravesará momentos más difíciles cuando la triunfante invasión de Venancio Flores con expreso apoyo brasileño (1864-1865), y sabrá de cosas peores cuando ese Uruguay florista se someta a la "Triple Alianza" (hegemonizada por Brasil y Argentina), que entrará en larga y terrible guerra contra el Paraguay autoritario de Francisco Solano López (1865-1868). Toda esta red genealógica y fáctica, muy estrecha en Acevedo Díaz, explica su intervención prematura en los quehaceres nacionales: "A los diecinueve años de edad, -escribió en 1902, cuando ya había pasado la cincuentena- siendo estudiante de derecho, abandonando mi carrera y mi porvenir, concurrí como soldado a la gran reacción de 1870" (Acevedo Díaz (h), 1941: 15). En esa nota autobiográfica elige el vocablo "porvenir" como sinónimo de seguridad burguesa, de crecimiento

profesional al que, por el lugar de su familia en la escala social, hubiera llegado sin mayores incomodidades. En realidad, la selección del término está asociada a una auto exaltación del sacrificio por "la tierra libre después de tanto pelear", como dice su moribundo personaje Ladislado en Grito de Gloria (p. 337).(1)

Desde sus inicios persiguió esa idea-obsesión con los principios del dogma "racionalismo y democracia" (A. Ardao, 1962: 258), fundamentos de la consolidación nacional. Una difícil tarea lo esperaba porque para cumplir con esos ideales tenía que contar con los criollos, quienes no abrigaban "otra noción moral de la patria que el fanatismo del pago" (Ismael, p. 149). Acevedo Díaz buscó un paradigma, un coligante para esas masas indomesticadas, "y ese hombre, era precisamente la personalidad típica o sea el caudillo [...] en la personalidad de José Artigas, de suyo dominante, estaba la garantía del éxito" (Ismael, pp. 294-295). Según ha demostrado Juan E. Pivel Devoto, desde 1816 pueden encontrarse valoraciones positivas de José G. Artigas. Hasta los años cuarenta del pasado siglo no había prosperado y privado la "leyenda negra" sobre el "archicaudillo" oriental, contándose a Bartolomé Mitre entre sus detractores más firmes y prestigiosos (Pivel Devoto, 1974). Los escritos del estadista unitario, en particular la tercera edición de su Historia de Belgrano (1876-79), generaron reacciones en cadena entre los "principistas" uruguayos. Urgida por la debilidad institucional del Estado esta generación que irrumpió en los años setenta diseñó la "tesis independentista clásica" del Uruguay. Dentro de esta tesis circunscribieron a la revolución artiguista como la raíz de una voluntad colectiva autonómica conducida por un patriarca liberal, salteándose -sin más trámite- la injerencia británica en el proceso de 1825-1830 (Real de Azúa, 1990). Acevedo Díaz siguió esa línea interpretativa del "protocaudillo" hasta su aportación final: El mito del Plata; comentario al último juicio del historiador Mitre sobre Artigas (1916). Pero ni el Artigas de los hermanos Carlos María y José Pedro Ramírez ni el de Francisco Bauzá adquirió la dimensión entrañable que tuvo para Acevedo Díaz, ya que para éste formaba parte de su "novela familiar". En tan curioso vínculo medió el brigadier general Antonio F. Díaz, abuelo materno del escritor. Nacido en La Coruña en 1789 y radicado en Montevideo a los trece años, en 1807 Antonio Díaz defendió la plaza fuerte española contra la embestida británica; en 1811 se incorporó a la revolución oriental; en 1814 se puso al mando del jefe porteño Carlos María de Alvear, quien lo ascendió a teniente coronel. Cuando al siguiente año Alvear fue depuesto, las nuevas jerarquías porteñas -entonces aliadas de Artigas-, lo encadenaron y lo remitieron junto a otros seis militares al Cuartel General del caudillo oriental ubicado en Paysandú. Este, en lugar de ejecutarlos, los liberó. Entre 1826 y 1828, otra vez al mando de Alvear, Díaz peleó contra los invasores brasileños. Al fin, adhirió al Partido Blanco, como tal fue ministro de Oribe en 1838 y también durante el Gobierno del Cerrito (1843-1851); por último, ocupó un cargo ministerial en la administración de Gabriel Pereira (1858-1859). Según testimonio de Acevedo Díaz, por boca del admirado ancestro conoció (y revivió) el proceso ulterior de la Banda Oriental y la entera historia uruguaya; aprendió a querer y a admirar al caudillo clemente y, sobre

todo, se sintió depositario de una misión colectiva que debía concluir: afirmar la "sociabilidad", consolidar la patria. De esto dejó constancia en el primero de sus textos publicado en *El Siglo*, el 18 de setiembre de 1869, seis días después de la muerte del "anciano [que] me refería la historia de mi patria y de las otras comarcas americanas [...] los anales uruguayos, pero aquellos anales gloriosos de la patria única e idéntica, la patria de Artigas!" (Castellanos, 1981: 211). Por si fuera poco, además de la transmisión oral de este pathos familiar, el brigadier Díaz escribió unas pacientes Memorias que nunca publicó, pero su hijo -y homónimo- las aprovechó para la Historia militar y política de las Repúblicas del Plata (1828-1866) (Castellanos, 1981: 229).

También el nieto las leyó con avidez. Prueba de tan incontenible apetito es la ansiosa carta del 7 de diciembre de 1897, en la que reclama con urgencia estos materiales a su mujer (Galmés, 1979: 59). Aun más, Acevedo Díaz publicó algunos pasajes de las Memorias en los periódicos en que tuvo participación dinámica -sobre todo en *El Nacional*-; al mismo tiempo las reelaboró en sus propias ficciones o ensayos, casos del relato sobre el exterminio de los charrúas ("La cueva del tigre") o de las crónicas reunidas en *Épocas militares en los países del Plata* (1911), entre las que se cuenta 'Artigas y los siete jefes engrillados' (Pivel Devoto, 1948; ídem, 1958; Castellanos, 1981). Esa traza inicial de la admiración por Artigas, visto como sujeto providencial y como primer hito para una identidad uruguaya, reaparece en su segundo artículo, ahora en asociación ejemplar con el pueblo que lo acompañó: "No hay duda, es la raza de Artigas, la raza que sucumbiera heroica en los valles del Catalán y renaciera en el Sarandí. Quisiera penetrar el sueño de esas conciencias varoniles y descubrir lo grande o lo pequeño de su misión" ('La víspera y en la hora del silencio', *El Siglo*, 23/VI/1871). El autor sumaba en esa fecha veinte años de edad y en ese texto precoz -escrito en medio de la campaña guerrillera- se pueden "descubrir sus fuerzas anímicas instintivas originales, así como las transformaciones y evoluciones ulteriores de las mismas" (Freud, 1970: 71-72). Porque, por un lado, su incorporación en marzo de 1870 al levantamiento blanco contra el gobierno de Lorenzo Batlle quizá no haya sido un arrebató juvenil, sino una meditada actitud que se funda en la continuidad de ideales nacionales una vez que ha desaparecido el tótem familiar, a quien simbólicamente sustituye. Por otra parte, sólo dos décadas después de ese doble bautismo de fuego y escritura, estará preparado para narrar la épica de la derrota artiguista a través de la exploración de las "conciencias varoniles" de guerreros criollos y mujeres rústicas, dispuestos a inmolarse por la libertad, como en "El combate de la tapera" (1892), episodio ficcional que no por casualidad ubicó "después del desastre del Catalán".

Al fin de una guerra que, sin vencidos ni vencedores, terminó en abril de 1872, el joven Acevedo Díaz buscó la primacía en filas de los blancos montevideanos. Con enérgico despliegue irrumpió en la primera línea de la juventud ilustrada; se convirtió en espiritualista ecléctico mezclándose con la inteligencia nacional que desde el Ateneo combatió a la Iglesia Católica, "que no es madre sino déspota", como escribió en 1872 (A. Ardao, 1971: 212). De esa

forma se inscribió en la tradición antihispánica que desconfía de la influencia eclesiástica en los asuntos públicos. Probó ser periodista agudo y severo en sus críticas al gobierno colorado y, cuando se produjo el golpe de Pedro Varela en 1875, fustigó al militarismo. Comienzan entonces los ensayos de destierro en la otra orilla, el que se hará prolongado y doloroso luego del fracaso de la "Revolución Tricolor" antidictatorial, a la que se agrega y de la que sale derrotado por la eficacia bélica del fusil rémington y del coronel Lorenzo Latorre. Liquidada la "Tricolor", en 1876 Acevedo Díaz fue perseguido por el jefe militar Máximo Santos y, antes de perder la vida, debió exiliarse en la otra margen del Plata.

Al principio de ese retiro forzoso que se prolongaría dos décadas, se radicó en Dolores (provincia de Buenos Aires), donde desposó a la joven argentina Concepción Cuevas. Sin pausas, el matrimonio se cargó de numerosa prole; el jefe de familia ganó el sustento como procurador, subinspector de escuelas y periodista, primero en la mencionada localidad y luego en otros centros urbanos bonaerenses (La Plata y Florencio Varela). En esos años sin otro riesgo que el de la dura subsistencia cotidiana, creció el escritor que apenas se había insinuado, porque se hallaba en un ambiente mucho más propicio que el de su convulsionada existencia uruguaya y porque sintió que había llegado la hora de cumplir, por oficio de la escritura, la interrumpida misión histórica. Hacia fines de los ochentas, en la culminación de su madurez intelectual y física, podía superar el anquilosamiento estético de sus narraciones urbanas -como el que fatiga a "Brenda" (1886), su primer relato largo- para ensayar el discurso de la "historia en la novela" (Lanza y sable, p. 3). Su pasaje del espiritualismo al positivismo, procesado en esos años, le acercó el cuadro conceptual para construir una literatura realista (A. Ardao, 1971: 216). Pero también, sin claudicar en su fervor liberal y antimilitarista, su fe en la ciencia, en el progreso humano constante y en la superación de los individuos dentro del cuerpo social, lo alentó para cumplir con sus ideales políticos al regreso a su "hermosa tierra, destinada por la providencia a brindar sus preciosos dones a 25 millones de hombres", como dijo en 1895 (Rocca, 1995: 17). Son dos vías confluyentes. Mientras está en suspenso la obra cívica puede ejecutar el prospecto literario que incluye las novelas *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de Gloria* (1893) -y hasta *Lanza y sable* (1914)- y el cuento 'El combate de la tapera'. Otra cosa ocurrirá cuando vuelva al escenario de la historia uruguaya. Antes que nada, en ese cambio de piel narrativa del romanticismo al realismo metahistoriográfico, hay que considerar el peso de la experiencia. Porque, como advirtiera Francisco Espínola, en los alzamientos de 1870-72 y 1875 pudo "contemplar nuestro campo tal cual lo cruzaron las turbas emancipadoras: sin alambrados, sin palos telefónicos, sin vías de ferrocarril, sin puentes" (Espínola, 1966: 19). Agréguese las vivencias compartidas con los paisanos en tantas jornadas de pelea y de privaciones, como él mismo se lo aclaró a su amigo Alberto Palomeque en 1899: "[en] dos campañas de vida militar -bien larga una de ellas- aprendí a conocer un poco los hábitos, los usos, las tendencias y la idiosincrasia en el seno mismo de su masa cruda -ácida,

áspera y fuerte como zumo de limón." (Castellanos, 1969: 54-55). Esos hombres de la "masa cruda", como los soldados que se burlan del negro que será ejecutado en 'El primer suplicio' (1901), se distinguían muy poco de los que vivieron entre 1808 y 1838. Para encarar este tipo de narraciones tuvo que interiorizarse en los recursos del realismo que ya había dado muestras de vigorosa salud en Europa (desde Balzac a Flaubert, desde Pérez Galdós a Tolstoi). Necesitó plegarse -como lo notara Emir Rodríguez Monegal- a las técnicas de construcción del folletín, alternando al uso de "La Comédie humaine [de Balzac], un elenco básico de personajes [...] en las distintas novelas, mudando su función de una en otra" (Rodríguez Monegal, 1981: 179). Observa también este crítico que los ejercitantes de la novela histórica como Acevedo Díaz y el brasileño José de Alencar -y, cabría agregar, los argentinos José Mármol o Vicente Fidel López-, en cuanto latinoamericanos, escriben desde la marginalidad. La misma posición ocupó en el área anglosajona la literatura de Walter Scott. Hecha en el exilio, desde y para la periferia, la ficción acevediana se homologa también a la de Henryk Sienkiewicz (1846-1916), autor de una trilogía sobre las derrotas de la nación polaca en el siglo XVII, "de las cuales, sin embargo, el país sale victorioso gracias a los esfuerzos patrióticos de los individuos y del pueblo en su conjunto" (Grudzinska, 1995: 65). En el escritor del país remoto, pequeño y frágil, adquiere mayor dramatismo esa búsqueda de un lugar propio en la historia y la necesidad de configurar una nación que cuenta con población reducida y mestiza. Visto desde este ángulo, en sus novelas históricas "mediante respuestas que busca en el pasado, [intenta] esclarecer el enigma del presente" (Jitrik, 1995: 19). En forma simultánea Acevedo Díaz mantuvo en ellas el proyecto político del romanticismo en cuanto justificación de la nacionalidad vacilante. Si bien en un sexenio se convirtió en el narrador que Uruguay había aguardado durante medio siglo, para él no era suficiente. Fuera de las cuestiones uruguayas su identidad estaba incompleta, por eso cuando en 1895 la juventud nacionalista reclamó su presencia en Montevideo, dejó en Argentina a su mujer y sus siete hijos (la menor, Elsa, acababa de nacer) y se entregó entero a cumplir con su carácter. "Se me respeta aún más de lo que yo me imaginaba", le escribe, eufórico, a su lejana esposa el 28 de julio del 95, a diez días de hacerse cargo de la dirección de El Nacional (Galmés, 1979: 30). En apariencia durante esa etapa uruguaya que se extiende hasta 1903, por ausencia de tiempo y calma Acevedo Díaz dejó en un segundo plano la labor literaria que antes había encarado con disciplina febril. En esa época, cuando su vida oscila entre el brillante apogeo y la violenta quiebra, está abocado al periodismo de ideas y de batalla, a la reorganización del Partido Nacional, al desempeño de cargos legislativos y hasta se entrevera en una campaña militar en las cuchillas (1897). Sin embargo, según lo demuestra el relevamiento de su trabajo en la prensa periódica, corresponde puntualizar que hizo y rehizo mucha literatura.(2) En el conjunto dominan los relatos ciudadanos de asunto sentimental y ninguno se sitúa en el período artiguista ni en las luchas independentistas. En consecuencia, Acevedo Díaz sólo recreó esta época mientras se hallaba

desterrado y nunca en suelo oriental. Quizá lo hizo para expiar la nostalgia o porque tenía que cimentar las bases de una nación fragmentada a la que esforzaba por dar organicidad. Sea como fuere, desde su retorno en 1895 el esclarecimiento del mito nacional podía esperar, pues con los pies en su tierra quizá creía que iba a concretar buena parte de la ilusión.

Una vez en Montevideo, Acevedo Díaz redobló su voluntad transformándose en una suerte de asceta de la causa cívica. Guiado por la certeza del cumplimiento de una misión superior, encontró terreno propicio para liderar a la juventud nacionalista de Montevideo y a un grupo relevante de personalidades. Su prédica de *El Nacional* reunificó las fuerzas blancas, amalgamó las críticas al "exclusivismo" colorado, preparó los espíritus para el alzamiento militar partidario de 1897, aportó -en suma- una doctrina democrática radical.

Pese a haberse retirado del campamento saravista en el mes de julio - antes de que se cerraran las acciones bélicas-, en diciembre preside el Directorio blanco. Empieza así la veloz serie de éxitos: instalada la dictadura de Juan Lindolfo Cuestas con el visto bueno de todos los partidos -a excepción del diezmado colectivismo herreriano-, Acevedo Díaz ocupa un sillón en el Consejo de Estado (1898); gana una banca de senador por Maldonado en las elecciones de 1899; en sus artículos vigila paso a paso, día a día, todos los acontecimientos; en sus recorridas por varios puntos del país asombra por sus cualidades de orador y tribuno, dotes que sus oyentes seguían recordando con admiración en las décadas sucesivas (Espínola, 1951). Por fuerza de sus antecedentes familiares, por talento e infatigable voluntad de dominio, nadie entonces emparejaba sus méritos para esa brega.

Llegado en el 98 al ápice de su carrera, se dio cuenta de que era el momento justo para abandonar el puesto de mero séquito ilustrado del jefe montonero, al que tantos otros aún se avenían. En ese canje de funciones su ejemplo lleva al paroxismo el drama del intelectual latinoamericano del siglo XIX, siempre cumplido con la relativa excepción de José Martí. Quiso ponerse al frente de un Partido, conducir a sus masas y orientar el proceso institucional del país. En esos trances se produce el choque con el caudillo rural quien, en reclamo de sus fueros, arrebató al "doctor" las aspiraciones de mando y, después, lo tritura.

En el camino de Acevedo Díaz se cruzó Aparicio Saravia, aunque si éste no hubiese irrumpido en el escenario público el Uruguay finisecular hubiera parido otro jefe campesino, otro contrapeso al liberalismo de la ciudad-puerto. Baste recordar que en apenas un año, que va de mediados de 1896 a los primeros meses del siguiente, Saravia pasó de ignorado "vecino del Cordobés" a árbitro de la vida política uruguaya y aun a gobernar de hecho en una porción decisiva del territorio.

Alcanza con observar que luego de su desaparición el posterior ordenamiento jurídico y político del Estado anuló el espacio dominante del

caudillismo. Pero para que se dieran estas condiciones tuvo que correr mucha sangre y debieron rodar muchas cabezas, aunque algunas permanecieran sobre su tronco por un plazo de gracia.

Una de esas cabezas condenadas, la de Acevedo Díaz, tarde advirtió la esterilidad del esfuerzo: "Las multitudes no estiman el valor de sus apóstoles sino en cuanto les son de utilidad inmediata, sin importarles las proyecciones del pensamiento ni su fin altruista o humano [...]" ('Sin pompa...', Página Blanca, 18/VII/1915, integrado en Casas/Pittaluga, 1978: 238-240).

Los hechos que fulminaron la carrera de Acevedo Díaz se precipitaron en el tramo final de 1902 y el primer cuatrimestre del año siguiente. Desde 1901 el grupo acevedista -José Romeu, Alfredo Vidal y Fuentes, Lauro V. Rodríguez, Carlos B. Anaya, etcétera- cuestionaba las negociaciones y pactos electorales que llevaba a cabo un crecido sector del Directorio con el presidente Cuestas. La animosidad aumentó cerca de los comicios presidenciales del 1º de marzo de 1903 ya que, siendo minoría en el Parlamento, los legisladores blancos se dividieron para votar a los candidatos oficialistas a la presidencia de la República.

Al fin, la mayoría directorial prefirió a Eduardo Mac Eachen -digitado por Cuestas-; el sector acevedista aportó sus votos decisivos para encumbrar a José Batlle y Ordóñez. Como esa decisión había sido anunciada al Directorio el 14 de febrero, el día 28 de ese mes candente, los réprobos fueron expulsados con una declaración de cuatro escuetos artículos. El día 20 los diarios montevidianos habían divulgado un documento que presentaba la censura de Saravia a los que votaran por Batlle. El líder "rebelde" rechazó este último intento para frenarlo y, en una frase que sintetiza su carácter, respondió: "sólo debemos cuenta a nuestra conciencia y a Dios" (Deus, 1978: 231).

La opinión de Acevedo Díaz sobre Saravia -de quien había sido su secretario en parte de la campaña del 97-, mudó radicalmente, como puede verse en innumerables ejemplos. Así, en el discurso ante la tumba de Diego Lamas, exaltó al infortunado militar y a "su nobilísimo compañero Aparicio Saravia", por la mutua "clarividencia para terminar [la guerra] con honra, antes que la fuerza brutal ganase" (El Nacional, 24/IV/1898).

En vísperas de la proclamación de Mac Eachen sugirió que el país estaba en manos de una "doble influencia directriz", pautada por Cuestas y el "meritorio" caudillo (Acevedo Díaz (h), 1941: 191). Ya fuera del Partido y del país, en medio del alzamiento de 1904, opinaba que Saravia "no es más que un pobre gaucho, engreído y camorrista, antes que belicoso" (M.J. Ardao, 1965: 574).

Batlle y Acevedo Díaz habían coincidido en el Ateneo montevidiano en los años de resistencia contra la dictadura de Latorre; habían compartido la fe espiritualista ecléctica; juntos integraron el Consejo de Estado de 1898; un año después, restablecida la normalidad constitucional, el senador blanco le había ofrecido su voto para llegar a la presidencia con lo que buscaba impedir que Cuestas siguiera en el mando. En la emergencia de 1903, Batlle le pareció el

hombre de "energías necesarias para sobresalir [...] en la democracia más turbulenta" (Acevedo Díaz (h), 1941: 179).

Pese a estas afinidades generacionales e ideológicas, la pasión por un pasado aún muy fresco obstruía una convergencia política más estricta. La historiografía parcial afirma que votando a Batlle "no se ve claro cómo pensaba servir así al partido" (Mena Segarra, 1977: 138), apreciación que silencia el acoso de los rivales internos y que se resiste a admitir la vocación acevedista por los objetivos suprapartidarios. Sería ingenuo creer que el escritor blanco apoyó al hijo de Lorenzo Batlle -al que había combatido en 1870-72-, porque previó las reformas de corte socializante que, según se ha demostrado, vinieron bastante después (Barrán/Nahum, 1985). En rigor, "los conservadores temían en el Batlle de 1903, como lo temían incluso en el decadente Julio Herrera y Obes, al colorado intransigente, enemigo de acuerdos y coparticipación y por ello, casi seguro provocador de la guerra civil. No (es elemental) al promotor obrero y al nacionalizador económico que todavía permanecían inéditos" (Real de Azúa, 1963: 30).

Corroboración esta conclusión la carta que le remite a Saravia el estanciero y dirigente blanco Luis Santiago Botana, satanizando a los que votarían por quien "haría un gobierno pasional, de facción, que llevaría a la guerra civil" (24/I/1903). Para el hijo de Aparicio Saravia este juicio "define y encuadra la traición de Acevedo Díaz y sus calepinos" (Saravia García, 1956: 364).

Tampoco constan los escritos que estigmaticen la pobreza en la que vivían criollos e inmigrantes del campo y las ciudades, panorama que Acevedo Díaz conocía con minucia. Tampoco fue partidario del nacionalismo económico y estatista; al contrario, sus tres artículos sobre el Frigorífico Liebig's de Fray Bentos -publicados en El Nacional en noviembre del 95-, demuestran que confiaba en el empuje transformador del capital extranjero. Sobre el punto, no obstante, puede crear confusiones su campaña contra el poderoso hacendado Mac Eachen y sus votantes del "sector ultraconservador" del Directorio.

Hubo una puja por el poder entre los "doctores" blancos montevideanos que empezó en murmullo interno y concluyó en estruendo público. El sector dominante del Directorio carecía de líderes y desconfiaba de quien, empecinado por la pureza legalista y apoyado por jóvenes ruidosos, ponía en continuo riesgo la estabilidad. Acevedo Díaz que había sacrificado su "porvenir" profesional, su enriquecimiento material y hasta la convivencia con su vasta familia, acusó a estos correligionarios de buscar la paz para la "conservación de estancias, ganados y saladeros, no de principios y de prácticas austeras" (Acevedo Díaz (h), 1941: 142).

Se trataba de una estrategia circunstancial para disminuir la presión de sus enemigos internos y de una cabal exposición de su creencia en el evolucionismo democrático.

De este duelo se deduce que la mayoría de los "doctores" rodearon a Saravia para anular el riesgoso personalismo de Acevedo Díaz y que, a su vez, el caudillo personalista se dejó rodear para darles sosiego a las "clases conservadoras", y para eliminar al desafiante competidor. De todas maneras la

guerra se desató en 1904 y los "ultraconservadores" no tuvieron más remedio que apoyar a Saravia en su arranque bélico, porque en caso contrario hubieran sido borrados del mapa político.

El general campesino no podía ceder terreno (o mejor: departamentos del norte) al control del gobierno nacional, porque sabía que a la corta desaparecería como centro de poder. En ese contexto, no sólo la guerra era inevitable sino también lo era su desenlace.

En una página aún inédita, escrita mucho tiempo después, Acevedo Díaz opinó sobre su expulsión: "[...] Ocurrida la elección constitucional del señor Batlle y Ordóñez, se inició el principal acto subversivo, un pretexto o motivo de unión. [...] Ese motivo, [según] el doctor Alfredo Vidal y Fuentes [tuvo como] única causal el odio a «determinada persona»; a quien se necesitaba anonadar para que abriese paso a las ambiciones desatentadas de una fracción incorregible [...]" (Col. E.A.D., Doc. 10).

Por eso el acercamiento a Batlle había sido la única salida. Con Batlle -debió calcular- podría frenar los acuerdos entre los colorados intransigentes -de cepa colectivista- y los blancos que no estaban dispuestos a defender la pureza democrática. Creía -y esto lo prueban tanto su obra doctrinal como literaria- que el caudillo rural era una formidable herramienta para avanzar hacia objetivos liberales en un medio atrasado. Hacia comienzos del nuevo siglo estaba seguro de que se había afianzado la "sociabilidad" nacional opacando las viejas virtudes de esa figura. Por eso tenía que destruir el poder del caudillo, antes de que éste lo destruyera a él.

Enceguecido por el vértigo de su fe y de los acontecimientos, no cayó en la cuenta de que él mismo se estaba convirtiendo en una especie de caudillo. Aunque urbano, ilustrado y sin el imprescindible apoyo de las columnas populares. Ni siquiera a la distancia de aquellos hechos dolorosos pudo reconocer su cuota de responsabilidad y de ceguera: "El movimiento de 1904, que me sorprendió en Norte América [...] fue una reincidencia injustificable. [...] Una fe ciega había ofuscado los ánimos. [...] El Directorio confió de un modo excesivo en las aptitudes de su caudillo militar, que a pesar de todo dio su vida con abnegación" (Entrevista concedida a El Día, Montevideo, 15/IX/1916).

En uno de sus últimos trabajos, Michel Foucault se pregunta: "¿No constituye uno de los rasgos fundamentales de nuestra sociedad el hecho que el destino adquiera la forma de la relación al poder, de la lucha con o contra él?" (Foucault, 1992: 182). Menos que nadie Acevedo Díaz estaba a salvo de esta tensión que, en su caso, se convertirá en trampa mortal.

Veinte años de soledad

Pasados los estremecimientos electorales, había llegado la hora de la soledad. En setiembre de 1903 el presidente Batlle lo designó Embajador y Ministro Plenipotenciario de la República ante los Estados Unidos y México. En Washington comenzó el largo peregrinaje de Acevedo Díaz por el mundo, quien

continuaría en el ejercicio del mismo cargo en Buenos Aires (1906-08), Roma (1908-11), Río de Janeiro (1911-16) y Berna (1916-1920).

Tal aceptación del status diplomático se ha interpretado como fruto de las presiones nacionalistas al presidente (Deus, 1978: 255) o como una forma de pago por el favor eleccionario, mezquina hipótesis que entonces murmuraron sus enemigos. Era imposible que Acevedo Díaz continuase en esa atmósfera hostil en la que poco tenía para hacer y donde -con cincuenta y dos años cumplidos- difícilmente podría sobrevivir después de haber abandonado todo por la actividad política. La aceptación del puesto diplomático parece más verosímil como una huida del país en el que había perdido su lugar en la batalla, perdiendo así el mejor sentido de su vida. En este cuadro merecen interpretarse sus gestiones para lograr la intervención militar estadounidense durante la guerra civil de 1904. No puede descartarse el rencor acumulado en los meses previos ni la defensa de su misión cuando ese esfuerzo prolongado está en peligro. La documentación prueba que Acevedo Díaz no sólo fue autorizado por el gobierno batllista para hacer los trámites solicitando la presencia militar extranjera, sino que la idea misma le pertenece. Había pasado casi cuarenta años escribiendo sobre la ardua conquista de la soberanía nacional y a la distancia terminó por convencerse de que el Estado uruguayo ni siquiera podía solucionar sus problemas internos. Harto de la "prepotencia del caudillismo", prefirió una solución rápida y tajante, de la que esperaba se obtuvieran buenos resultados por venir del país "modelo, grande y poderoso [donde] no he visto hasta ahora ni un mendigo, ni un escandaloso, ni dar un trompis siendo la tierra del box" (M.J. Ardao, 1965: 575). Creía esto necesario ante la posibilidad de una inminente acción argentina para poner fin a la guerra, aspecto que le comenta a Romeu en carta del 22 de abril: "Entre una [intervención] que nada sirve, y por el contrario [...] acumula resabios a los ya existentes; y otra, que asegure una paz para siempre, con la prosperidad positiva de la república y afianzamiento de su independencia, creo que la elección no es difícil" (M.J. Ardao, 1965: 577). Como los Ramírez, como José Pedro Varela y Nicolás de Vedia, como toda su generación liberal y patricia, Acevedo Díaz admiraba y aun envidiaba a los Estados Unidos. Era el deslumbramiento por la democracia modelo, por el país enorme donde los militares respetaban las instituciones; donde no anidaban "revoluciones" bárbaras porque no había población "bárbara" sino trabajadores progresistas. Esta "nordomanía" -como la calificara Rodó en Ariel (1900)-, dejaba afuera de su evaluación, por ejemplo, el lugar de los derechos de los negros, arrinconados y marginados.

El entonces embajador confiaba en que la intervención norteamericana afianzaría la independencia uruguaya porque en su agenda ideológica no contaba la teoría imperialista, pese a que en 1898 Estados Unidos había hecho práctica ostensible de ella en las antiguas colonias españolas de Puerto Rico, Filipinas y Cuba.

La declinación de su carácter no pudo no invadir el proceso de creación literaria. En la etapa postrera su producción fue relativamente escasa y -a

excepción de Lanza y sable- se ciñó al rubro ciudadano: una novela (1907) y una docena de historias. Casi todos los personajes de este corpus narrativo pertenecen a la burguesía, alta o media; todos son partidarios del amor asexuado: los hombres practican una acartonada galantería; las mujeres, ejercen complejas y reprimidas artes de seducción. Zozobró también en el lenguaje de estos relatos, ya que al abandonar la autenticidad del habla popular campesina y su sintaxis precisa -hallazgo del otro sector narrativo-, su prosa "se cargó de un subterráneo preciosismo [...] o intentó el virtuosismo que luego ejercitarían los modernistas" (Rama, 1965: 144).

En la amarga monotonía de su carrera diplomática, también se hizo tiempo para redactar algunos ensayos y para esbozar unas memorias que nunca terminó. O quizá prefirió quemar como se estaba quemando su vida. No mucho más se le podía pedir a quien se le había arrancado su divisa y su pasión.

En 1914 tituló el prólogo de su última novela 'Sin pasión y sin divisa'. En esas páginas cae la máscara del optimismo y asume el fracaso de su largo proyecto vital: "vencer los resabios de la herencia, no es obra de una generación. El sólo concepto racional de patriotismo es todavía oscuro para muchos hombres. El de la nacionalidad, como conciencia plena, apenas se acentúa. Ahora comienza el empeño" (p. 6). Pero ese empeño ya no podía tenerlo a él entre sus combatientes. Estaba viejo y hacía años que deambulaba por el mundo representando a un país que ya no era del todo suyo; donde había sido condenado al círculo infernal de los traidores del Partido por el que tantas veces se había jugado en cuerpo y alma. Un país donde se lo reconocía como gran escritor pero en el que nadie lo reclamaba (ni lo reclama) para su panteón de héroes civiles.

En los últimos años, como le escribe a su esposa, su salud "ha sufrido tantos quebrantos" (Galmés, 1980: 40) que la noticia se hizo pública en la prensa montevideana; esas desventuras hoy pueden apreciarse en una fotografía de 1917, quizá la última que le tomaran. La foto lo muestra con gesto esquivo aunque todavía altanero; el cabello intacto y renegrado corona un rostro gastado; los ojos desafiantes de las imágenes de su primera madurez ceden paso a una mirada sin luz que evita la lente, que se pierde en un sitio vago. Sentado ante un escritorio, sostiene con el brazo izquierdo su cabeza y con su diestra presiona apenas una pluma sobre un papel en blanco. En el retrato de este hombre vencido sólo faltó que alguien hubiese anotado algo así como "A la espera de la muerte, ocurrida el 18 de junio de 1921". Treinta años después, el 3 de mayo de 1951, su hijo Hugo confesó: "Yo nunca pude saber a qué se refirió mi padre cuando ya en agonía, una mano entre las mías, subconscientemente dijo y repitió: "Nunca más!..." (Inédita. Col. F. Espínola. Bibl. Nac.). No por azar en las páginas finales de su última novela, Acevedo Díaz comenta que las divisas agitaron en las generaciones sucesivas "la religión de los odios" (p. 354). Este ha sido su otro testamento, quizá hasta la exégesis del secreto que selló en su testamento civil: los odios de que religiosamente ha sido objeto en el país que

vivió con pasión, impiden que ofrezca sus huesos a esa tierra perdida para siempre. Nunca más.

- Acevedo Díaz, Eduardo (h) (1941). *La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Ardao, Arturo (1962). *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*. Montevideo, Universidad de la República. Departamento de Publicaciones.
- Ardao, Arturo (1971). "La evolución filosófica de Acevedo Díaz", en *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo, Universidad de la República. Departamento de Publicaciones, 69-71. [Originalmente en *Marcha*, Montevideo, 2ª sección, XIV, N° 628, 27 de junio de 1952, pp. 45-46].
- Ardao, María Julia (1965). Alfredo Vásquez Acevedo. Contribución al estudio de su vida y su obra, en *Revista Histórica*, Montevideo, LIX, 2ª época, Tomo XXXVI, Nos. 106-108, diciembre, 572-589. [Cartas de EAD a José Romeu desde Washington, en 1904].
- Barrán, José Pedro/ Nahum, Benjamín (1985). *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*. Tomo 2. Un diálogo difícil, 1903-1910. Montevideo, Banda Oriental.
- Benjamin, Walter (1967). "Destino y carácter", en *Ensayos escogidos*. Buenos Aires, Sur, 131-137. (Versión castellana de H.A. Murena).
- Casas de Barrán, Alicia/ Pittaluga, Sergio (1978) (editores). "Viaje de Montevideo a Londres", de Eduardo Acevedo Díaz, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, N° 18, mayo, 179-185.
- Castellanos, Alfredo (compilador) (1969). "Cartas de Eduardo Acevedo Díaz al Dr. Alberto Palomeque (1880-1894)", en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, N° 2, mayo, 5-83.
- Castellanos, Alfredo (1981). "La vocación histórica de Eduardo Acevedo Díaz", en *Revista Histórica*, Montevideo, LXXIV, 2a. época, Tomo LIII, N° 157-159, abril, 209-252.
- Deus, Sergio (1978). *Eduardo Acevedo Díaz, el caudillo olvidado*. Montevideo, Acali.
- Espínola, Francisco (1945). Prólogo a *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. Buenos Aires, Clásicos Jackson.
- Espínola, Francisco (1951). "En el centenario de Eduardo Acevedo Díaz. Ensayo sobre la personalidad del gran novelista oriental", en *El País*, Montevideo, 20 de abril, 5.
- Foucault, Michel (1992). "La vida de los hombres infames", en *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*. Montevideo, Altamira/Nordan Comunidad, 175-202. Prólogo de Fernando Savater. (Edición y traducción: Julia Varela y Fernando Alvarez Uría).
- Freud, Sigmund (1970). "Un recuerdo infantil en Leonardo de Vinci", en *Psicoanálisis del arte*. Madrid, Alianza, 7-74. (Traducción: Luis López-Ballesteros y de Torres).
- Galmés, Héctor (compilador) (1979). *Correspondencia familiar e íntima de Eduardo Acevedo Díaz (1880-1898)*. Montevideo, Biblioteca Nacional.
- Galmés, Héctor (compilador) (1980). "Los últimos años de Eduardo Acevedo Díaz. Correspondencia familiar (1917-1918)", en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, N° 20, diciembre, 9-41.
- Grudzinska, Grazyna (1995). "Eduardo Acevedo Díaz y Henryk Sienkiewicz. La novela histórica en las orillas del mundo moderno", en *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, Tercera Epoca, X, N° 106, julio, 62-67.
- Ibáñez, Roberto (1953). Prólogo a *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Biblioteca "Artigas", Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 4.
- Jitrik, Noé (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires, Biblos.
- Mena Segarra, C. Enrique (1977). *Aparicio Saravia, las últimas patriadas*. Montevideo, Banda Oriental.
- Ministerio de Relaciones Exteriores (1930). *Informaciones diplomáticas y consulares del Uruguay*. Montevideo, Barreiro y Ramos, 37-51.
- Nietzsche, Federico (1947). *Más allá del bien y del mal*. Buenos Aires, Aguilar. (Traducción: Eduardo Ovejero y Maury).
- Pivel Devoto, Juan E (1948). "Las Memorias del General Antonio Díaz", en *Revista Histórica*, Montevideo, XLII (2a. época), Tomo XVI, N° 46-48, diciembre, 697-705.
- Pivel Devoto, Juan E (1958). "El destino de los escritos históricos del General Antonio Díaz", en *Marcha*, Montevideo, XX, N° 943, Segunda Sección, 26 de diciembre, 33-34 y 61.
- Pivel Devoto, Juan E./Ranieri de Pivel Devoto, Alcira (1966). *Historia de la República Oriental del Uruguay*. Montevideo, Medina (3a. edición).
- Pivel Devoto, Juan E (1972). "La Revolución Tricolor", en *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, N° 59, marzo, 13-47. [Originalmente en *Marcha*, Montevideo, Nos. 476, 479, 484, 485, 490, 491 y 493, correspondientes a entregas de los meses de mayo, julio, agosto y setiembre de 1949].
- Pivel Devoto, Juan E (1974). *Advertencia al Tomo Undécimo del Archivo Artigas*. Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
- Quijano, Carlos (1992). "El silencio de Acevedo Díaz", en *Cultura. Personalidades. Mensajes*, Vol. VI. Montevideo, Cámara de Representantes, 186-188. Prólogo de Omar Prego Gadea. [Originalmente en *Marcha*, Montevideo, III, N° 87, 7 de marzo de 1941].
- Rama, Angel (1965). "Ideología y arte de un cuento ejemplar", en *El combate de la tapera y otros cuentos*, de Eduardo Acevedo Díaz. Montevideo, Arca, 65-146.
- Real de Azúa, Carlos (1963). "Battle y su época (I): El creador de su tiempo", en *Marcha*, Montevideo, XXIV, N° 1155, 10 de mayo, 30-31.
- Real de Azúa, Carlos (1981). *El patriciado uruguayo*. Montevideo, Banda Oriental. Prólogo de Tulio Halperín Donghi. [1ª edición: Montevideo, Asir, 1960].

Real de Azúa, Carlos (1990). Los orígenes de la nacionalidad uruguaya. Montevideo, Arca. Prólogo de Gerardo Caetano y José Pedro Rilla.

Rocca, Pablo (1995). "Del caudillo y las masas: Eduardo Acevedo Díaz y el destino nacional", en Brecha, Montevideo, X, N° 489, 13 de abril, 15-18.

Rodríguez Monegal, Emir (1963). Eduardo Acevedo Díaz. Dos versiones de un tema. Montevideo, Río de la Plata.

Rodríguez Monegal, Emir (1968). Vínculo de sangre. Eduardo Acevedo Díaz narrador. Montevideo, Alfa.

Rodríguez Monegal, Emir (1985). "La novela histórica: otra perspectiva", en Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana. Caracas, Monte Avila, 169-183.

Saravia García, Nepomuceno (1956). Memorias de Aparicio Saravia. Montevideo, Medina. Prólogo de Enrique Beltrán.

Williman, José Claudio (1966). "Batlle y Estados Unidos: Nuevos documentos sobre un pedido de intervención", en Marcha, Montevideo, XXVII, N° 1296, 18 de marzo, 12-13.

Zum Felde, Alberto (1967). "Eduardo Acevedo Díaz", en Proceso intelectual del Uruguay. Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, Tomo I, 223-257. [1ª edición, considerablemente modificada a posteriori, Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930].

Las citas de las novelas del ciclo histórico provienen de los volúmenes editados en Montevideo por la Biblioteca "Artigas", Colección de Clásicos Uruguayos: Ismael, vol. 4, 1953. Nativa, vol. 53, 1964. Grito de gloria, vol. 54, 1964. Lanza y sable, vol. 63, 1965.2 I. Cuentos filiados a la estética romántica consagrada, de asunto sentimental: "La hamaca de Luisa" (El Nacional, III, N° 737, 25/IX/1895; es el mismo relato que antes --y después-- publicó con el título "Columpio"); "El molino del galgo" (El Nacional, Nos. 738, 739 y 740, 26 al 28/IX/1895; antes publicado, en versión reducida, con el título "Una trilla"; reimpresso en La Alborada en 1901). "El sentir de Elena" (El Nacional, I, N° 54, 19/XII/1897; antes divulgado como "Detalle íntimo"); "Salve Dimora..." (El Nacional, III, N° 736, 24/IX/ 1895); "El picacho de la duna" (El Nacional, IV, N° 884, 22/III/1896; también en La Alborada, N° 140, 18/XI/1900); "Nidos y besos. Idilios precoces" (El Nacional, V, N° 906, 21/IV/1896); "Aurora sin luz" (Rojo y Blanco, II, N° 1, 1/I/1901); "Historias íntimas. El mundo del egoísmo" (La Alborada, VI, N° 203, 2/II/1902); "Date Lilia..." (La Alborada, VI, N° 209, 16/III/1902) y "La dama ignota" (Página Blanca, circa 1903).II. Cuento político, sobre dos taitas en la época de Santos y de Herrera y Obes: "Silvestre y Basilio" (El Nacional, III, N° 781, 16/XI/1895).III. Cuentos y estampas de atmósfera rural. "Sin lápida" (Rojo y Blanco, I, N° 6, 22/VII/1900) y "Pasajes del paisaje" (El Nacional, VIII, N° 2425, 1/I/1902).IV. Cuentos de asunto histórico. "La cueva del tigre" (La Alborada, V, N° 164, 5/V/1901; se trata de una versión ficcional de la crónica "La boca del tigre", publicada en La Época en 1890) y "El primer suplicio" (La Alborada, V, N° 153, 17/II/1901).